

el libro mismo (c. 9) que « los hombres » se indignan á causa de la excelencia ».

Conclusion. *Considerada la causa de la ira en su habitud al motivo de esta, la excelencia es causa de que fácilmente surja en uno la ira.*

Responderémos, que la causa de la ira en el que se irrita puede entenderse en dos sentidos: 1.º *por relacion al motivo de la ira*, y en tal concepto *la excelencia es causa de que uno se irrite con facilidad*; pues es motivo (1) de ira el injusto menosprecio, como se ha dicho (a. 2). Consta empero que, cuanto más excelente es uno, más injustamente es desdeñado en lo que se aventaja; y por lo tanto los que tienen alguna superioridad se irritan más, si son menospreciados: por ejemplo, si un rico lo es en su dinero, un retórico (ú orador) en su elocuencia, y así otros. El 2.º modo de entenderse la causa de ira en el que se irrita es por parte de la disposicion producida en él por tal motivo. Es harto sabido que nada mueve á la ira, sino el daño que contrista; y lo que arguye defecto, es lo que más contrista, porque los hombres sujetos á imperfecciones más fácilmente se agravan. Hé aquí pues la causa, por que los hombres débiles, ó que adolecen de otros defectos, se irritan más fácilmente; porque con más leve ocasion se entristecen.

De aquí se deduce la contestacion al argumento 1.º

Al 2.º dirémos que el que es desdeñado en lo que manifestamente sobresale mucho, no piensa que experimenta detrimento alguno; y por eso no se contrista, y por esta parte se irrita menos: pero por otra parte, cuanto más indignamente es despreciado, tiene mayor razon de irritarse, á ménos que no se crea envidiado ó escarnecido (2) por desprecio, sino por ignorancia ó cosa parecida.

Al 3.º que todas aquellas cosas impiden la ira, en cuanto impiden la tristeza;

(1) Legítimo ante las personas de recto é imparcial criterio; que para los necios y orgullosos aun el desden inspirado por su petulancia y jactanciosas pretensiones de injusta preeminencia suele ser ocasion ó pretexto de encolerizarse; y tanto más, cuanto menor es su verdadero mérito y ménos dotes concurren en ellos acreedoras al aprecio y consideracion de los demas: recuérdese el tipo de estos en el soberbio Aman, que ante el desden justísimo de Mardoqueo llevó su indignacion al extremo de maquinar el esterminio de todos sus compatriotas y parientes, inclusa la reina Ester; si bien fraguó así en su insensata obeccacion su propia ignominia y ruina. Hé

mas por otro lado son naturalmente provocativas á ella, segun que hacen que el hombre sea inconvenientemente despreciado.

ARTÍCULO IV. — *¿ El defecto de alguien es causa de que nos enojemos contra él con más facilidad ?*

1.º Parece que el defecto de alguien no es causa de que nos irrite contra él más fácilmente; pues dice Aristóteles (Rhet. l. 2, c. 3) que « con los que condespician y se arrepienten y se humillan » no nos irritamos, sino que más bien nos apaciguamos con ellos; por lo cual los perros no muerden á los que se están (3) quietos ». Pero esto pertenece á la pequeñez y defecto. Luego la pequeñez de uno es causa de que nos irrite menos.

2.º Ningun defecto hay mayor que el de la muerte; y á los muertos ya no se dirige la ira. Luego el defecto de uno no es causa provocativa de ira contra él mismo.

3.º Nadie considera á otro como de poca importancia, por ser amigo suyo. Pero, cuando nuestros amigos nos ofenden ó no nos ayudan, nos indisponemos más con ellos, por lo que se dice (Ps. 54, 13): *Si mi enemigo hubiera hablado mal de mí, hubiéralo yo aguantado por cierto.* Luego el defecto de alguien no es causa de que nos enojemos con más facilidad contra él.

Por el contrario, dice Aristóteles (Rhet. l. 2, c. 2) que « el rico se irrita » contra el pobre, si le desprecia; y el » que manda contra su súbdito ».

Conclusion. *El defecto ó pequeñez de aquel, contra quien nos enojamos [1], contribuye á exacerbar la ira, en cuanto acrece el desprecio injusto; pero [2], si lo atenúa, más bien tiende á calmarla.*

Responderémos que, como ya se ha

aquí un ejemplo del riesgo, á que se aventuran los ambiciosos, arrebatados de una desmedida iracundia basada en el desprecio, que su misma injusta jactancia les atrae.

(2) *Invideri* (y segun algunos *rideri*, ridiculizado); *vel subannari*: otros *videri vel sublimari*, « ser mirado ó enaltecido » con escarnio.

(3) *Resident*: la antigua edicion de Paris ponía *ridenti*, y dice con gracejo rectificando el P. Nicolai: « se reia quizá, para no ser mordido por los perros, quien tan ridicula variante » introdujera? » Bien pudo ser (decimos nosotros por nuestra parte) una errata material, ménos ocasionada á risa.

dicho (a. 2 y 3), el indigno desprecio es grandemente provocativo á la ira; y por lo mismo *el defecto ó pequeñez de aquel, contra quien nos irritamos, contribuye al aumento de la ira, en cuanto aumenta el desprecio indigno*: pues, así como, cuanto mayor es uno, tanto más indignamente es despreciado; así, cuanto es menor, tanto más indignamente desprecia. Por eso los nobles se encolerizan, si son despreciados por los rústicos, ó los sabios por los ignorantes, y los amos por sus criados. Pero, *si la pequeñez ó defecto disminuye el desprecio indigno, tal pequeñez no aumenta, antes disminuye, la ira.* De este modo los que se arrepienten de las injurias hechas y confiesan haber obrado mal y se humillan y piden perdon, mitigan la ira, segun aquello (Prov. 15, 1): *la respuesta suave quebranta la ira*; esto es, en cuanto parece que los ta-

les no desprecian, sino que más bien estiman en mucho á aquellos, á quienes se humillan.

De aquí se deduce la contestacion al argumento 1.º

Al 2.º dirémos que hay dos causas, por las cuales cesa la ira contra los muertos: 1.ª porque no pueden dolerse y sentir, que es lo que ante todo intentan los iracundos con los que son objeto de su ira; 2.ª porque parece que han llegado al extremo de sus males; y así es que la ira cesa tambien respecto de todos los gravemente lastimados, en cuanto su calamidad escede á la medida de justa retribucion.

Al 3.º que tambien el desprecio procedente de los amigos parece ser más indigno; y así nos irritamos más contra ellos, si nos desprecian, sea perjudiciándonos, ó no ayudándonos, por análoga causa que contra los menores (1).

CUESTION XLVIII.

Efectos de la ira.

Destinamos á los efectos de la ira cuatro artículos: 1.º La ira causa delectacion? — 2.º Causa principalmente efervescencia en el corazon? — 3.º Impide especialmente el uso de la razon? — 4.º Causa el silencio?

ARTÍCULO I. — *La ira causa delectacion?*

1.º Parece que la ira no causa delectacion: porque la tristeza la escluye, y la ira siempre va acompañada de tristeza; puesto que, segun se dice (Ethic. l. 7, c. 6), « todo el que hace algo por ira, lo hace con tristeza ». Luego la ira no causa delectacion.

2.º Dice Aristóteles (Ethic. l. 4, c. 5) que « el castigo amansa el ímpetu de la ira, deleitando en lugar de entristecer; de lo que puede colegirse que la delecta-

cion proviene al airado del castigo. Pero el castigo escluye la ira. Luego con el advenimiento de la delectacion se destruye la ira; y por consiguiente no es un efecto adjunto á la delectacion (2).

3.º Ningun efecto impide su causa, por ser conforme con ella; y las delectaciones impiden la ira, como se dice (Rhet. l. 2, c. 3). Luego la delectacion no es efecto de la ira.

Por el contrario, el Filósofo (Rhet., l. 2, c. 2) alega el proverbio de que « la ira crece en los pechos de los hombres » mucho más dulce que la miel flúida (3).

ediciones.

(3) Pensamiento tomado de un verso de la Iliada de Homero, segun insinúa el mismo Aristóteles, calificándolo de « bello » (*pulchrè dictum de ira*), y que creemos categóricamente vaciado en el terceto adjunto:

Mas que miel destilando gota á gota,
Dulce en el pecho varonil la ira
Hierve y se acrece, al par que hirviente brota.

Conclusion. *La ira es causa de la delectacion aneja á la presencial vindicta deseada, y en proporcion á esta y á la tristeza precedente.*

Responderémos que, como dice el Filósofo (Ethic. l. 7, c. 14), «las delectaciones, sobre todo las sensibles y corporales, son como medicinas contra la »tristeza»; y por eso cuanto á mayor tristeza ó ansiedad se propina el antídoto por medio de la delectacion, tanto más se percibe esta: á la manera que vemos que, cuando uno tiene sed, se le hace más deleitable la bebida. Pero es evidente por lo dicho (C. 47, a. 1) que el movimiento de la ira surge de algun ultraje que contrista, á cuya tristeza en verdad se aplica el remedio por la venganza. Por eso á la presencia de la venganza sigue la delectacion, y tanto mayor, cuanto mayor fue la tristeza. Si pues la venganza fuere en realidad presente, la delectacion se hace perfecta, la cual escluye totalmente la tristeza; y por esto apacigua el movimiento de la ira. Más, ántes que la venganza sea realmente presente, hácese tal al airado de dos maneras: 1.^a por la esperanza, puesto que nadie se irrita, sino esperando la venganza, como se ha dicho (C. 46, a. 1); y 2.^a segun la continua meditacion, pues á todo concupiscente le agrada insistir en la contemplacion de lo que deséa; por lo cual hasta los ensueños son deleitables. Por eso mismo, meditando mucho el irritado en su ánimo sobre la venganza, su delectacion en esto no es perfecta, hasta el punto de disipar su tristeza, y por consiguiente la ira.

Al argumento 1.^o dirémos que el irritado no se entristece y se regocija de lo mismo: sino que se entristece del ultraje recibido, y se deleita con la venganza meditada y esperada. Por consiguiente la tristeza se refiere á la ira como su principio; pero la delectacion como su efecto ó término.

Al 2.^o que aquella objecion procede de la delectacion causada por la presen-

(1) En las ediciones romanas falta la palabra *tram*, fácil de suplir, más no redundante en verdad.

(2) Aunque en el lugar citado se habló del celo, en cuya nocion se incluye implicitamente la de fervor.

(3) Más espresamente en la C. 25, a. 2, donde se demostró que el amor es la principal y primera de todas las pasiones.

(4) Paréceños alude á la sangre impregnada de bilis en las

cia real de la venganza, la cual destruye totalmente la ira.

Al 3.^o que las delectaciones precedentes impiden se siga la tristeza, y por consiguiente previenen la ira, pues la delectacion de la venganza es consiguiente á la ira misma (1).

ARTÍCULO II.—¿Causa la ira un gran fervor en el corazon?

1.^o Parece que el fervor no es mayormente un efecto de la ira; pues el fervor (2), como se ha dicho (C. 37, a. 2), pertenece al amor. Es así que el amor segun lo espuesto (C. 37, a. 4) (3) es el principio y causa de todas las pasiones. Luego, siendo la causa mejor que el efecto, parece que la ira no produce principalmente el fervor.

2.^o Aquellas cosas, que por sí escitan el fervor, se aumentan más por la asiduidad del tiempo; como el amor se fortifica por la duracion. Pero la ira se debilita con el transcurso del tiempo, pues dice Aristóteles (Rhet., l. 2, c. 3) que «el tiempo mitiga la ira». Luego la ira no causa propiamente fervor.

3.^o El fervor añadido al fervor lo aumenta. Más «la ira mayor, que sobre» viene, hace mitigarse la ira», como dice Aristóteles (Rhet. l. 2, ibid.). Luego la ira no causa fervor.

Por el contrario, dice el Damasceno (Orth. fid. l. 2; c. 16) que «la ira es la »efervescencia de la sangre, que existe »junto al corazon, y que proviene de la »evaporacion de la hiel» (4).

Conclusion. *El movimiento de la ira produce naturalmente cierta efervescencia de la sangre en el corazon.*

Responderémos que, como se ha dicho (C. 44, a. 1), la transmutacion corporal, que se verifica en las pasiones del alma, es proporcionada al movimiento del apetito; y es evidente que todo apetito, incluso el natural, tiende más frecuentemente á lo que le es contrario, si está presente; así vemos que el agua

inmediaciones del hígado, en que está la vejiga de la hiel, y que en efecto produce alguna efervescencia en virtud de la reaccion quimico-orgánica consiguiente á la mezcla de elementos ó flúidos de cualidades contrapuestas, como son las de los ácidos (agrios) y álcalis (amargos): fundándose en la proximidad del hígado al corazon, toda vez que una y otra viscera ocupan la cavidad torácica ó pectoral.

caliente se congela más, como por cierta más enérgica reaccion de lo frio sobre lo caliente. Mas el movimiento apetitivo de la ira es causado por alguna injuria inferida, como por un contrario inherente; y por lo mismo el apetito tiende principalmente á repeler la injuria por el desé de la venganza, originándose de aquí una gran vehemencia é impetuosidad en el movimiento de la ira. Y, por cuanto el movimiento de la ira no es contractivo como el del frio, sino más bien expansivo como el del calor; consiguientemente *el movimiento de la ira viene á ser causa de cierta efervescencia de la sangre y de los espíritus cerca del corazon*, que es el instrumento de las pasiones del alma. De ahí es que, á causa de la gran perturbacion del corazon aneja á la ira, déjense ver principalmente en los irritados ciertos indicios en los miembros exteriores. Por esta razon dice San Gregorio (Moral. l. 5, c. 30): «el corazon, inflamado por » los estímulos de su ira, palpita; el cuerpo tiembla, trábese la lengua, el rostro » se enciende, los ojos centelléan, y ni » áun se reconoce á los conocidos; la boca » prorrumpe en gritos, mas el sentido ig- » norra lo que habla».

Al argumento 1.^o dirémos, que «el » amor mismo no se siente tanto, sino » cuando lo revela la indigencia» (1), como dice San Agustín (De Trinit. l. 10, c. últ.). Por lo tanto, cuando el hombre sufre detrimento en su amada dignidad á causa de una injuria recibida, siéntese más el amor; y así más fervientemente se transforma el corazon por alejar el impedimento de la cosa amada, siendo causa de que así crezca el fervor mismo del amor por medio de la ira y se sienta más. Sin embargo el fervor, que resulta del calor, pertenece de distinto modo al amor y á la ira: pues el fervor del amor va acompañado de cierta dulzura y suavidad, porque se dirige al bien amado, y por lo mismo se asemeja al calor del aire y de la sangre, por lo cual los sanguí-

neos son más propensos á amar, y se dice que el (2) hígado impone el amor; pues en él se produce cierta generacion de la sangre; pero la efervescencia (*fervor*) de la ira va acompañada de una amargura (*propia*) para consumir, puesto que tiende al castigo de lo que la es contrario; por cuya razon se asemeja al calor del fuego y á la cólera (3). Por esto tambien dice el Damasceno (Orth. fid. l. 2, c. 16) que «procede de la evaporacion de la hiel, y se llama biliosa».

Al 2.^o que todo aquello, cuya causa se disminuye por el tiempo, necesariamente debe debilitarse con el tiempo: y es evidente que la memoria se disminuye con el tiempo, pues las cosas ya antiguas se olvidan con más facilidad; y, como la ira es causada por el recuerdo de una injuria recibida, por eso la causa de la ira se disminuye poco á poco con el tiempo, hasta que se desvanece. Tambien parece mayor la injuria, cuando se siente por primera vez, y poco á poco disminuye su estimacion, segun que se separa más de la presente sensacion de la injuria; y lo mismo sucede con el amor, si su causa subsiste solo en el recuerdo. Por esta razon dice Aristóteles (Ethic. l. 8, c. 5) que «si se prolonga la ausencia del amigo, parece que hace olvidar » la amistad»; pero, cuando está presente, con el tiempo se multiplica incesantemente la amistad, y por lo tanto crece (4). Lo mismo tambien sucedería con la ira, si se multiplicara continuamente su causa. Sin embargo eso mismo, de que la ira pasa rápidamente, es una prueba de la vehemencia de su furor; pues, así como un fuego grande se apaga pronto faltándole la materia, así tambien la ira por su vehemencia se aminora luego.

Al 3.^o que toda potencia dividida en muchas partes se debilita; y por lo tanto, cuando uno irritado con un individuo se irrita despues con otro, por esto mismo disminuye su ira para con el primero, y especialmente si esta fuere mayor respec-

incorporan al torrente circulatorio en la vena subclavia izquierda; es lo cierto que en el corazon se deposita ya bonificada por la hematosis en el pulmon, al paso que el hígado no es más que una glándula (aunque la más voluminosa de todas) secretora de la bilis, y que en nada coopera directamente á la formacion de la sangre.

(3) Bilis ó jugo bilioso, amargo y ardoroso.

(4) Por efecto de su continua reciprocidad.

(1) Cuando se advierte la necesidad de poseer el objeto amado, del que se carece ó cuya falta ó ausencia se siente y hace afanarse por obtenerla, exacerbando el desé y originando demostraciones de su intensidad.

(2) *Cogit amare jecur*: Bibáculo y otros antiguos latinos designan á veces el corazon por la voz *jecur*, y acaso en este proloquio debiera más propiamente que en otras locuciones traducirse así: pues, si bien la sangre no se forma ni en el hígado ni en el corazon, sino que sus elementos quílicos se

to del segundo; porque la injuria, que escitó la ira contra el primero, le parecerá pequeña ó nula relativamente á la segunda, que se cree mayor.

ARTÍCULO III.—La ira impide en gran manera el uso de la razon?

1.º Parece que la ira no impide la razon: pues lo que existe con la razon, no parece sea impedimento de ella; y la ira existe con la razon, como se dice (Ethic. l. 7, c. 6). Luego la ira no impide la razon.

2.º Quanto más se impide la razon, tanto disminuye su manifestacion. Pero Aristóteles dice (Ethic. l. 7, ibid.) que «el iracundo no es insidioso, sino manifestado». Luego la ira no parece que impide el uso de la razon, como la concupiscencia, que es insidiosa, segun se dice en el mismo lugar.

3.º El juicio de la razon se hace más evidente por la union de un contrario, puesto que «los contrarios puestos en inmediatez contrastan con más claridad». Mas por esto tambien crece la ira; pues dice Aristóteles (Rhet. l. 2, c. 2) que «más se irritan los hombres, si los contrarios preexisten; como los nobles, si son deshonrados», y así otros. Luego hace crecer la ira aquello mismo, que favorece al juicio de la razon; y por consiguiente la ira no impide el juicio de la razon.

Por el contrario, dice San Gregorio (Moral. l. 5, c. 30) que «la ira ciega a la inteligencia, cuando turba la mente agitando».

Conclusion. Toda perturbacion corporal [1] entorpece el uso de la razon; y la ira [2] es entre todas las pasiones la que más ostensiblemente impide su juicio.

Responderémos, que la inteligencia ó la razon, aunque no se sirve de órgano corporal en su propio acto; sin embargo, puesto que necesita para actuar de ciertas potencias sensitivas, cuyos actos son impedidos por la perturbacion del cuerpo, necesariamente las perturbaciones corporales impiden tambien el juicio de la razon, como se ve en la embriaguez

(1) *Apposito*, el ponerse un contrario sobre el otro ó junto á él, para que así resalte ó se destaque más notoriamente; no *opposito*, como (creemos que equivocadamente) ponen algunos,

y el sueño. Se ha dicho empero (a. 2) que la ira produce perturbacion corporal principalmente alrededor del corazon, de modo que se deriva hasta los miembros exteriores. Por esta razon pues la ira entre las demas pasiones impide más manifestamente el juicio de la razon, segun aquello (Ps. 30, 10): *conturbado está con el pesar mi ojo.*

Al argumento 1.º dirémos, que de la razon proviene el principio de la ira en cuanto al movimiento apetitivo, que es formal en la ira; pero la pasion de la ira preocupa al juicio perfecto de la razon, como no oyéndola perfectamente, á causa de la conmocion del calor, que impele con velocidad, y la cual es material en la ira; y en cuanto á esto impide el juicio de la razon.

Al 2.º que se dice que el iracundo es claro, no porque sepa él manifestamente lo que debe hacer; sino porque obra á la vista de todo el mundo, sin pretender ocultarse: cosa que en parte sucede á causa del impedimento de la razon, la cual no puede distinguir lo que conviene ocultar y lo que se puede manifestar, ni tampoco meditar las vías de ocultar; y en parte proviene de la ampliacion del corazon, que pertenece á la magnanimidad, que produce la ira. Por esta razon dice Aristóteles del magnánimo (Ethic. l. 4, c. 3) que es «claro aborrecedor y amante, y que habla y obra á las claras». Por el contrario se dice que la concupiscencia es solapada é insidiosa; porque las cosas agradables, que se deséan, tienen por lo comun cierta fealdad y molicie, que el hombre quiere ocultar. Pero respecto de lo que indica virilidad y escelencia, como la venganza, el hombre pretende hacerse ver.

Al 3.º que, como se ha dicho (C. 46, a. 4), el movimiento de la ira comienza por la razon; y por lo tanto segun esto mismo la aposicion (1) de un contrario frente al otro ayuda al juicio de la razon y aumenta la ira: pues, cuando uno tiene honra ó riquezas, y despues viene á decadencia de algo (*de esto*); este detrimento aparece mayor, ya por la proximidad de lo contrario, ya porque era inopinado, y

y que no es tan expresivo, ni por otra parte está en consonancia tan gráfica con la objecion.

por lo mismo causa mayor tristeza; á la manera misma que los grandes bienes adquiridos de improviso causan mayor delectacion, y segun el aumento de la tristeza precedente se aumenta consiguientemente tambien la ira.

ARTÍCULO IV.—La ira es causa notable del silencio?

1.º Parece que la ira no causa silencio: porque este se opone á la locucion; y por el incremento de la ira se llega hasta la locucion, como consta por los grados de la ira asignados por el Señor (Matth. 5, 22), al decir: *el que se irrita contra su hermano....., y el que dijere á su hermano: Raca (1)....., y el que dijere á su hermano: Fátuo.....* Luego la ira no causa el silencio.

2.º Cuando falta la guarda de la razon, prorrumpe el hombre en palabras desordenadas: por esto se dice (Prov. 25, 28): *Como ciudad abierta y sin cerca de muros; así el hombre, que no puede refrenar su espíritu en hablar.* Pero la ira sobre todo impide el juicio de la razon, como se ha dicho (a. 3). Luego es lo que más hace prorumpir en palabras desordenadas. Luego no causa el silencio.

3.º Dícese (Matth. 12, 34): *de la abundancia del corazon habla la boca;* y por la ira se perturba muy mucho el corazon, como se ha dicho (a. 2). Luego causa principalmente la locucion, y en su consecuencia no causa el silencio.

Por el contrario, dice San Gregorio (Moral. l. 5, c. 30) que «la ira, reconcentrada por el silencio, hierve más vehementemente dentro del espíritu».

Conclusion. La ira puede ser causa del silencio, ya en la parte de razon ad-

(1) Véase la nota 3, pág. 306.

junta á ella, ya tambien en cuanto la impide.

Responderémos, que la ira, como se ha dicho (a. 3 al 1.º), por una parte existe con la razon, y por otra la impide; y por ambas partes puede causar el silencio; por parte de la razon, cuando el juicio de la razon impera tanto que, aunque no retraiga el afecto del desordenado apetito de la venganza, refrena sin embargo la lengua de la desordenada locucion; y por esto dice San Gregorio (Moral. l. 5, ibid.): «algunas veces la ira, perturbado el ánimo, impone silencio como por juicio»; mas por parte del impedimento de la razon, porque, como se ha dicho (a. 2), la perturbacion de la ira llega hasta los miembros exteriores y principalmente hasta aquellos miembros, en que resplandece más claramente la accion del corazon, como en los ojos, en el rostro y en la lengua; y así es que, como se ha dicho (a. 2), «la lengua se traba, el rostro se enciende y los ojos centellean». Luego puede ser tanta la perturbacion de la ira, que prive absolutamente á la lengua del uso de la palabra; y entónces resulta el silencio.

Al argumento 1.º dirémos, que la exacerbacion de la ira llega á veces hasta impedir á la razon en la represion de la lengua; pero otras va más lejos aún, hasta impedir el movimiento de esta y el de los otros miembros exteriores.

Por esto se hace obvia la contestacion al argumento 2.º

Al 3.º que la perturbacion del corazon puede algunas veces ser tan estremada, que este movimiento desordenado impida los movimientos de los miembros exteriores; y entónces sobreviene el silencio y la inmovilidad de los miembros esternos, y á veces aún la muerte. Pero, si no fuese tanta la perturbacion, en tal caso al exceso de perturbacion del corazon subsigue la locucion oral.